

Mezclar el mundo. Los primeros constructores castellanos en el caribe

Begoña Alonso Ruiz
Instituto Universitario de Historias
Simancas. Universidad de Valladolid

cultural, en el cambio de las distintas cosmovisiones a uno y otro lado, producidas por pinturas de la virgen, de santos, de motivos religiosos, de objetos de culto, por una parte, y por objetos utilitarios y de adorno, como platería, joyas, seda bordada y otros tantos adminículos profanos para consumo de las clases acomodadas, no han sido quizás evaluadas en su verdadera dimensión. “Durante la primera mitad del siglo XIX, como consecuencia del proceso de emancipación de los territorios americanos, el flujo de obras artísticas entre la metrópoli y el Nuevo Mundo prácticamente desapareció...” –sentencia el autor, cuyo artículo, ceñido y conciso, pero pleno de una información maravillosa, incita a su lectura.

Poblado de citas documentales y de nombres, este artículo nos ayuda a conocer en detalle los fundamentos y la participación de aquéllos que tuvieron a su cargo la colonización y poblamiento de la América en sus incipientes comienzos. Contrario a la tesis de Colón, de iniciar el proceso con la construcción de fortalezas-factorías, el arzobispo Juan Rodríguez de Fonseca, entre otros tantos cargos y funciones, es partidario de una colonización al estilo europeo. Así, ya en el segundo viaje de Colón, el arzobispo arma una flota con 1.500 personas, entre quienes viajan armas, labradores, semillas, animales para cría, maestros constructores, albañiles, carpinteros, aserradores y, por supuesto, un platero entendido en minas y oro. De tal modo, se acometerá el trazado y construcción de la primera “ciudad” en tierras americanas: Santo Domingo. Las primeras construcciones fueron hechas en madera y paja y algunas pocas en piedras. El desarrollo se dará con la construcción de las iglesias, que debían ser obras perdurables, para lo cual ya se utilizó piedra y cal, luego ladrillos y tejas traídos de la península. Ya en sus comienzos, y sin haber avistado todavía el continente, España tuvo la visión de una empresa de asentamiento permanente, de una colonización que preveía la evangelización de los indígenas y el aprovechamiento de los recursos de una tierra que se ofrecía feraz y pródiga en riquezas. Sucinto, abigarrado en nombres y citas de documentos, el artículo de Begoña Alonso Ruiz nos deja entrever esta visión. No es poca cosa.

Indianos, infanzones y campesinos en la cantabria moderna: mecenazgo y estructura familiar

Tomás A. Mantecón Movellán
Universidad de Cantabria.

Es propósito de este artículo, según su propio autor, responder a cuestiones que no han sido tomadas en cuenta suficientemente, como lo son el trazado de una biografía colectiva, las estrategias de reproducción social y el impacto de la emigración sobre las familias cantábricas. Comienza por pasar revista a la situación de la Cantabria durante los siglos XVIII y XIX, hallando allí las causas de la emigración interna (hacia Cádiz o Sevilla) y externa, hacia las Indias. “Las proporciones de la emigración de cántabros a Indias, asentadas en problemas crónicos como la presión demográfica, el déficit estructural de cereales en la región, la vulnerabilidad de las economías domésticas campesinas o la dependencia de la oferta estacional de trabajo en el exterior de la región, fueron crecientes a lo largo de la época moderna”. Con pruebas pormenorizadas analiza el autor dos segmentos poblacionales: los infanzones (descendientes de capitanes de infantes, clase acomodada) y los campesinos. Los primeros emigraban a América en condiciones diferentes a los campesinos, pero el motivo era similar: resolver problemas económicos de sus respectivas familias. Si tenían éxito, el impacto era en cierto modo menoscabar la institución del mayorazgo porque sus aportes les otorgaba el derecho de decidir sobre las cuestiones familiares.

En el caso de los segundos, su suerte era desigual: si la buena fortuna los acompañaba, ayudaban a sus familias pecuniariamente, como en el caso anterior, estableciéndose así la relación de mecenazgo, pero si aquella les era adversa, quedaban más bien endeudados con sus familias abandonadas que tenían que hacer frente a los acreedores. De allí que el autor aclara que más que de mecenazgo se podría hablar de una *economía donativa*.